

mandaba hacer de ello; y era lo que él descubrió. Él dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si más queréis, más os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los ídolos de Méjico

Cuando Motezuma iba al templo, era las más veces á pie, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en bajando de ellas; y si á pie, creo que la llevaba siempre, como cetro. Era muy ceremonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo más sustancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Motezuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Motezuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los ídolos delante de él y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase de ello; que se alborotarían y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religión y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Motezuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Motezuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy

mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Motezuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. Él lo dejó, ca le pareció que aún no era sazón ni tenía el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero dijoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los ídolos

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier otra parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razón y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guíen á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto más el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habéis dado. Á vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no hemos tocado, ni aun quere-

mos ; el alma solamente buscamos para su salvación ; á la cual ahora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios ; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, ó no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos ; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. Él solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adoráis ; él mismo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegameamente vosotros tenéis por dioses. Él asimismo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer ; y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y á si mismo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije ; y así, somos parientes, y hechura de Dios, y aun hijos ; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles ; lo que no podéis vosotros ser si adoráis estatuas y matáis hombres. ¿ Hay hombres de vosotros que querría le matasen ? No por cierto. Pues ¿ por qué matáis á otros tan cruelmente ? Donde no podéis meter alma, ¿ para qué la sacáis ? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso ; que si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos tendrían cuántos quisiesen y cómo los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos ; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y á quien quiere ; que por eso es Dios, y por eso le habéis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, no los frios metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos

hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adoráis. ¡ Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos ! Adoráis lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan ó tocan. ¿ Creéis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene ? ¿ Lo que ni sana ni mata ? Así que no hay para qué tener más aquí estos ídolos, ni se hagan más muertes ni oraciones delante de ellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿ Queréis conocer quién es Dios, y saber dónde está ? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun á los animales de agua y pan. Á este Dios pues, que ahora imagináis allá dentro en vuestros corazones, á ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos ; y sabed que para enseñaros esto venimos acá. »

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos ; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos ; otorgando Motezuma que no tornasen á los poner, y que barriesen y limpiasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen más hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Motezuma y los suyos prometieron de no matar á nadie en sacrificio, y de tener la cruz é imagen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aún derribados no estaban, en pie ; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, á lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen ; y pusieron cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos entre ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho

tiempo. Más honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

Quema del señor Cualpopoca y de otros caballeros

Veinte días andados después que Motezuma fué preso, volvieron aquellos sus criados que habían ido con su mandado y sello, y trajeron á Cualpopoca y á un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, según hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en Méjico acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traían á hombros criados y vasallos suyos; y luego que habló á Motezuma, fué entregado á Cortés con el hijo y los quince caballeros. Él los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habían muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Motezuma, respondió: «¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?» Casi diciendo de no. Cortés le dijo: «Muy mayor es el rey de los españoles que vos matastes sobre seguro y á traición; y aquí lo pagaréis.» Examináronse otra vez con más rigor, y entonces todos á una voz confesaron cómo ellos habían muerto dos españoles, tanto por aviso é inducimiento del gran señor Motezuma, como por su motivo; y á los otros en la guerra que le fueron á dar en su casa y tierra, donde lícitamente les pudieron matar. Cortés, por la confesión que de la culpa hicieron con su propia boca, los sentenció y condenó á quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningún escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veían ejecutar en señor tan principal y en reino de Motezuma, á hombres extranjeros y huéspedes.

La causa de quemar á Cualpopoca

Mandó Cortés á Pedro de Hircio que procurase de poblar donde ahora es Almería, porque Francisco de Garay no entrase allí, pues ya lo habían echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios á su amistad, para que se diesen al Emperador. Cualpopoca, señor de Nahuatlán, ó cinco villas que ahora llaman Almería, envió á decir á Pedro de Hircio cómo él no iba á darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas que iría si le enviase algún español para le asegurar el camino; pues nadie osaría enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenía gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahuatlán, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos á dar la nueva en la Veracruz. Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fué contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallán, y llevó dos caballos que tenía y dos tirillos. Cualpopoca, desde que lo supo, salió con gran ejército á echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallaneses; mas al cabo fué vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cautivos. Éstos dijeron cómo por mandado del gran señor Motezuma había hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que también lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa á los de Méjico. Esto escribió Pedro de Hircio á Cortés á Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender á Motezuma, según ya se dijo.

Cómo Cortés echó grillos á Motezuma

Antes que los llevaran á la hoguera, dijo Cortés á Motezuma cómo Cualpopoca y los otros habían dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo había hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respeto al amor que le tenía, que de otra suerte pasara el negocio; y echóle unos grillos, diciendo: « Quien mata, merece que muera, según ley de Dios.» Esto hizo por ocuparle el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Motezuma se puso como muerto, y recibió grandísimo espanto y alteración con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenía culpa ni sabía nada de aquello. Y así, luego aquel día mismo, ya que la quema fué hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fuése á palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradeció el comedimiento, y no quiso irse, ó porque le pareció, como ello debía ser, todo palabras y cumplimiento, ó porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decía que si se iba de allí le harían rebelar, y matar á él y á sus españoles. Hombre sin corazón y de poco debía ser Motezuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés y rogándose los suyos; y siendo tal, era tan obedecido, que nadie osaba en Méjico enojar á los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con sólo decirle que el señor le llamaba, y con mostrarle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacían todos todo lo que quería y mandaba.

De cómo envió Cortés á buscar oro en muchas partes

Tenía Cortés mucha gana de saber cuán lejos llegaba el señorío y mando de Motezuma, y cómo se habían con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar á España del quinto al Emperador, con entera relación de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó á Motezuma le dijese y mostrase las minas de dónde él y los suyos habían el oro y plata. Él dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conocedores del minero, y los cuatro que sabían la tierra á do los quería enviar; y mandóles que de dos en dos fuesen á cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dió, á saber los ríos y mineros de oro y traer muestra de ello. Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Motezuma. Á los que fueron á Zuzolla, que está ochenta leguas de Méjico y son vasallos suyos, les mostraron tres ríos con oro, y de todos les dieron muestra de ello, mas poca, porque sacan poco, á falta de aparejos é industria ó codicia. Éstos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamacola-pán, es de mucha razón y más bien vestida que la mejicana. Los que fueron á Malinaltepec, setenta leguas lejos, trajeron también muestra de oro que los naturales sacan de un gran río que atraviesa por aquella provincia. Á los que fueron á Tenich, que está el río arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razón de lo que buscaban, el señor de ella, que dicen Coatelicamatl, porque ni reconoce á Motezuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los

mejicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mandado á que venían, para que llevasen recado á su capitán. Como esto vieron los de Méjico, pusieron mal corazón á los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataría. Algo dudaron los nuestros de hablar á Coatelicamatl, aunque ya tenían licencia, con lo que sus compañeros decían, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinticinco palmos, y aun algunos con de á treinta. Mas al cabo entraron, porque fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coatelicamatl los recibió muy bien, hízoles mostrar luego siete ú ocho ríos, de los cuales sacaron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores á Cortés ofreciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro. Cortés se holgó más de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Motezuma deseaban su amistad. Á Motezuma y los suyos no les placía mucho, porque Coatelicamatl, aunque no es gran señor, tiene gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron á Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, volvieron con la muestra del oro de dos ríos que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés á Motezuma que le hiciese allí una á nombre del Emperador. Él mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas al rededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelan muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y aderezos de entre casa en todas ellas, que valía veinte mil castellanos.

Habia asimismo sesenta fanegas de centli sembradas, diez de frisoles, y dos mil pies de cacauath ó cacao, que nace por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narváez y con la re-

vuelta de Méjico, que siguieron luego. Rogóle también que le dijese si en la costa de su tierra, que está á esta mar, había algún buen puerto en que las naves de España pudiesen estar seguras. Dijo que no lo sabía, mas que lo preguntaría ó lo enviaria á saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodón toda aquella costa, con cuantos ríos, bahías, ancones y cabos había en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parecía puerto ni cala, ni cosa segura, sino un grande ancón que está entre las sierras que ahora llaman de San Martín y San Antón, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir á los Malucos y Especiería. Mas empero estaban muy engañados, y creían lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen, con los que Motezuma daba, pues hacía tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Motezuma, y fueron á dar á Chalchicocca, donde habían desembarcado, que ahora se dice San Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de costa sin hallar ancón ni río, aunque toparon muchos, que fuese hondable y bueno para naos. Llegaron á Coazacoalco, y el señor de aquel río y provincia, llamado Tuchintlec, aunque enemigo de Motezuma, recibió los españoles porque ya sabía de ellos desde cuando estuvieron en Potonchán, y dióles barcas para mirar y sondar el río. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde más hondo. Subieron por él arriba doce leguas. Es la ribera de él de grandes poblaciones, y fértil á lo que parecía. Sin esto, Tuchintlec envió á Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodón, de pluma, de cuero, y trigues, y á decir que quería ser su amigo y tributario del Emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra. Mucho placer tuvo Cortés con esta mensajería y de que se hubiese hallado aquel río; ca decían marineros que del río de Grijalba hasta el de Pánuco no había río bueno; mas creo que también

se engañaron. Tornó á enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintlec, y á que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá á Juan Velázquez de León por capitán de ciento cincuenta españoles, para que poblase é hiciese una fortaleza.

La prisión de Cacama, rey de Tezcuco

La poquedad de Motezuma, ó amor que á Cortés y á los otros españoles tenía, causaba que los suyos no solamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelión, especialmente su sobrino Cacamacin, señor de Tezcuco, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prisión del tío, y como vió que iba muy á la larga, rogóle que se soltase y fuese señor, y no esclavo. Y viendo que no quería, amotinóse, amenazando de muerte á los españoles; unos decían que por vengar la deshonra del Rey, su tío; otros que por hacerse el señor de Méjico, otros que por matar los españoles; sea por lo uno ó sea por lo otro, ó por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Motezuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir á sacar de cautiverio á Motezuma y á echar de la tierra los españoles, ó matarlos y comérseles. Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propia casa y pueblo, sino que Motezuma se lo estorbó, diciendo que Tezcuco era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenía todos los de Culúa, como señor de Culucán y Otumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parecía mejor llevarlo por otra vía; y así, guió Cortés el

negocio todo á consejo de Motezuma, y envió á decir á Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que había entre los dos desde que lo salió á recibir y meter en Méjico, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haría gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenía él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer quería era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religión; y primero que dejase las armas, vengaría á su tío y á sus dioses; y que él no sabía quién era el rey de los españoles, ni lo quería oír, cuanto más saber. Cortés tornó á le amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Motezuma que le mandase lo que él le rogaba. Motezuma le envió á decir que se llegase á Méjico para dar un corte á las diferencias y enojos entre él y los españoles, y á ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agriamente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaría preso ni cautivo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religión mejicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de pies de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religión, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iría de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habían hecho á la nación de Culúa. En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder á Méjico como las vidas, si no se atajara esta guerra y motín, porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenía mucha y buena gente de guerra; y porque también andaban en Méjico ganosos de revuelta para cobrar á Motezuma, y matar los españoles ó echarlos de la ciudad. Mas remediólo muy bien Mo-

tezuma, que conociendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se había de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcuco con Cacama, que le prendiesen y se lo entregasen. Ellos, ó por ser Motezuma su rey y estar aún vivo, ó porque le habían siempre servido en las guerras, ó por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un día estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en acalles que para ello tenían á punto y armadas, le metieron, y trajeron á Méjico, sin otras muertes ni escándalos, aunque fué dentro en su propia casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen á Motezuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbra los reyes de Tezcuco, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de Méjico. Motezuma no le quiso ver, y entrególo á Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso á recado y guarda. Y á voluntad y consejo de Motezuma hizo señor de Tezcuco y Culuacán á Cucuzca, su hermano menor, que estaba en Méjico con el tío y huído del hermano. Motezuma le intituló é hizo las ceremonias que suelen á los nuevos señores, como en otra parte diremos; y en Tezcuco le obedecieron luego por mandado suyo, y porque era más bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. De esta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacía reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mejicano. Y á la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; ca luego se le encajó que había de ganar á Méjico y señorear el estado de Motezuma.

La oración que Motezuma hizo á sus caballeros dándose al rey de Castilla

Motezuma hizo llamamiento y cortes tras la prisión de Cacama, á las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de Méjico. Y de su albedrío, ó por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascrito razonamiento:

«Parientes, amigos y criados míos: bien sabéis que há diez y ocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre vos he sido buen señor, y vosotros á mi buenos vasallos y obedientes; y así, confío que lo seréis ahora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debéis tener, que ó vos lo dijeron vuestros padres, ó lo habréis oído á nuestros sabios adivinos y sacerdotes, como ni somos naturales de esta tierra, ni nuestro reino no es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de lejos tierras, y su rey ó caudillo que traían, se volvió á su naturaleza, diciendo que enviaría quien los rigiese y mandase si él no viniese. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años há, es el que ahora envía estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias á los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis á este capitán por vasallos del Emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoos mucho que desde en adelante le obedezcáis bien y así como hasta aquí habéis hecho á mí, y le deis y paguéis los tributos, pechos y servicios que me soléis dar, ca no me podéis dar mayor contentamiento.»

No les pudo más hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo

responder. Dieron grandes suspiros, dijeron muchas lástimas, que aun á los nuestros enternecieron el corazón. En fin, respondieron que harían lo que les mandaba. Y Motezuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fué á su casa con el corazón que Dios sabe y vosotros podéis pensar. Fué cosa harto de ver llorar Motezuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron al hacer, así porque Motezuma lo quería y mandaba, como porque tenían pronósticos y señales, según que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, á señorear á aquella tierra; y también porque entre ellos se platicaba que en Motezuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culúa, más también el señorío; y por eso decían algunos no fuera él ni se llamara Motezuma, que significa enojado, por su desdicha. Dicen también que el mismo Motezuma tenía del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarían en él los emperadores mejicanos, y que no le sucedería en el reino hijo ninguno suyo, y que perdería la silla á los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra á los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder; bien que por otro cabo le tenía por burla, pues había más de diez y siete años que era rey. Fuese pues por esto, ó por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Motezuma hizo aquello, y amaba mucho á Cortés y españoles, y no sabía enojarlos. Cortés dió á Motezuma las gracias cuán más cumplidamente pudo, de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre sería rey y señor, y mandaría como hasta allí y mejor; y no sólo en sus reinos, más aun también en los que él más ganase y atrajese al servicio del Emperador.

El oro y joyas que Motezuma dió á Cortés

Pasados algunos días después que Motezuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el Emperador tenía en guerras y obras que hacía, y que sería bien contribuyesen todos y comenzasen á servir en algo; por ende que convenía enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y á ver qué hacían y daban los nuevos vasallos, y que diese también él algo si tenía. Motezuma dijo que le placía, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza, no quisieron ó no osaron tocarla sin que primero Cortés la viese; y así, lo llamaron, y él fué allá, tomólo, y llevólo todo á su aposento. Dió asimismo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodón y pluma, tejidas á maravilla; no tenían par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las habían visto; dió más doce cerbatanas de fusta y plata con que solía él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles.

Y todo tan perfecta y menudamente, que bien tenían qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con más primor y sutileza que la pintura. La red para bodoques y turquesas eran de oro, y algunas de plata. Envió también criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía á sus provincias, y á tierras de señores, ochenta y cien leguas de Méjico, á coger oro por los tributos acostumbrados, ó por nuevo servicio para el Emperador. Cada señor y provincia dió la medida y cantidad que Motezuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y

perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peón, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de montón lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al rey de su quinto más de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserrillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, según que después muy por entero diremos.

Cómo rogó Motezuma á Cortés que se fué de Méjico

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veía rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Motezuma, pues lo tenía á él preso, y tenía á su devoción á los de Tlaxcallán, á Coatelicamatlh y Tuchintlec, y sabía que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacán

eran enemiciísimos de mejicanos, y le ayudarían si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y más principal. Que magüer no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacía á los clérigos y frailes que dijese misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejecida religión, ó porque los nuestros atendían á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. Él oía misa todos los días, y mandaba que todos los españoles la oyesen también, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Motezuma volvía la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden. La vuelta de Motezuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fué de su tierra, si quería que no le matasen como los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban á que saliese de prisión, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón á Motezuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría, y no le hablaría